

2018

Leer y escribir: ¿punto de partida o punto de llegada del proceso educativo?

María del Pilar Buitrago Peña

Universidad de La Salle, Bogotá, mapbuitrago@unisalle.edu.co

Catalina López Gómez

Universidad de La Salle, Bogotá, clopez@unisalle.edu.co

Fabio Orlando Neira Sánchez

Universidad de La Salle, Bogotá, fneira@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Buitrago Peña, M. d., C.López Gómez, y F.O. Neira Sánchez (2018). Leer y escribir: ¿punto de partida o punto de llegada del proceso educativo?. Revista de la Universidad de La Salle, (78), 45-61.

This Artículo is brought to you for free and open access by Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Leer y escribir:

¿punto de partida
o punto de llegada
del proceso educativo?



María del Pilar Buitrago Peña*
Catalina López Gómez**
Fabio Orlando Neira Sánchez***

■ Resumen

El presente artículo tiene como propósito evidenciar la complejidad que supone abordar el tema de la lectura y la escritura, teniendo en cuenta que cuando se pregunta por las acciones de leer y escribir, se puede hacer referencia a la lectura y a la escritura como instrumentos idóneos para mediar en los procesos educativos, o se puede indagar las dos manifestaciones que tienen lugar en un acercamiento literario. Como parte de la primera interpretación, según la cual lectura y escritura son habilidades mediadoras de la enseñanza, el texto reconoce la importancia de estas herramientas en la formación del pensamiento crítico y

* Psicóloga, magíster en Desarrollo Educativo y Social, convenio CINDE-UPN. Docente de la Universidad de La Salle, Departamento de Formación Lasallista, Bogotá, Colombia, y miembro del grupo de investigación Intersubjetividad en la Educación Superior. Correo electrónico: map-buitrago@unisalle.edu.co

** Filósofa y magíster en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia y candidata a doctora en Filosofía de la misma universidad. Docente e investigadora del Departamento de Formación Lasallista de la Universidad de la Salle, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: clopez@unisalle.edu.co.

*** Licenciado en Educación de la Universidad de La Salle, especialista en Educación en Derechos Humanos de la Universidad Santo Tomás y magíster en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana. Docente investigador y secretario académico del Departamento de Formación Lasallista de la Universidad de la Salle, Bogotá, Colombia, y miembro del grupo de investigación Intersubjetividad en la Educación Superior. Correo electrónico: fneira@unisalle.edu.co.

examina la pertinencia de las nuevas tecnologías y el lugar que ocupan en la actualidad. Por otra parte, el artículo examina la singularidad de la literatura frente a otras manifestaciones artísticas y devela en qué medida, por medio de la lectura y la escritura, los seres humanos, desde una mirada sartreana, nos hacemos libres.

Palabras clave: leer, escribir, literatura, nuevas tecnologías, libertad, política.

Sea ensayista, folletinista, satírico o novelista, hable solamente de las pasiones individuales o arremeta contra el régimen de la sociedad; el escritor, hombre libre que se dirige a hombres libres, no tiene más que un tema: la libertad.

Sartre (2003, p. 88)

No parece existir duda alguna sobre la importancia que tiene en la formación de los estudiantes la adquisición de las habilidades de leer y escribir. Dichos procesos, iniciados a temprana edad, parecen requerir el acompañamiento continuo en las diferentes etapas de la enseñanza, por lo que, desde la universidad, sigue siendo un tema para reflexionar. ¿En qué medida es necesaria la lectura y la escritura? ¿Qué alcances tienen estos procesos y cuál es su valor agregado? ¿Cómo se encuentran estos procesos relacionados con los desafíos tecnológicos que aparecen en la actualidad? El presente artículo aborda las anteriores preguntas y plantea que, aun si el lugar de la lectura y la escritura sigue siendo pilar de la formación, no debe existir temor a abrir espacios a las nuevas tecnologías dentro de la enseñanza, siempre y cuando, a partir de estas diferentes herramientas, el propósito que se busque garantizar sea el libre desarrollo y el empoderamiento de la faceta política y social de los educandos.

La lectura y la escritura: el camino del pensamiento crítico

La lectura y la escritura dentro del hecho educativo son procesos que están asociados a la formación del pensamiento y en torno a los cuales se centra precisamente esa acción educativa; de esta manera, se cifran como claves, fundamentales e imprescindibles. Sin embargo, el mecanicismo didáctico muchas veces termina instrumentalizándolos y reduciéndoles su sentido y valor, lo que conduce a la pérdida de su trascendencia y a la disminución de oportunidades para que los sujetos reconozcan e imaginen los mundos posibles a los cuales pueden acceder o construir desde la palabra.

Es innegable el papel que estos dos procesos tienen dentro de la construcción cultural. En distintos contextos, la escritura y la lectura se manifiestan de manera distinta y revelan variaciones sustanciales:

La humanidad ha ido inventando sucesivas tecnologías de la escritura, con variadas potencialidades, que cada grupo humano ha adaptado de manera irreplicable a sus circunstancias. En cada lugar, en cada momento, leer y escribir han adoptado prácticas propias, en forma de géneros discursivos particulares. (Cassany, 2006, p. 43)

Estas diferentes expresiones no solo los singularizan dentro de los contextos donde se desenvuelven, sino que además potencializan las formas de asumirlos positivamente por parte de los sujetos.

Al referirse a la lectura y a la escritura, es necesario resaltar cómo el lenguaje y el pensamiento se articulan más allá de escuetos procesos comunicativos, lo cual desencadena elaborados procesos cognitivos que superan la simple alfabetización:

[...] leer no solo exige conocer las unidades y las reglas combinatorias del idioma. También requiere desarrollar las habilidades cognitivas implicadas en el acto de comprender: aportar conocimiento previo, hacer inferencias, formular hipótesis y saberlas verificar o reformular, etc. Los procesos cognitivos diferencian la alfabetización a secas (o alfabetización literal) de la funcional o el lector que puede

descodificar un escrito, aunque no lo entienda, del que lo comprende y lo puede aprovechar funcionalmente para su quehacer cotidiano. (Cassany, 2006, p. 58)

Por esta razón, no se puede dejar perder lo uno en lo otro; es tan importante comunicar como pensar; no necesariamente uno supone ni reemplaza al otro.

De lo anterior se desprende el hecho de que la dinámica y los procesos de aprendizaje recogen un sinnúmero de factores desde los cuales el conocimiento y el saber no se hacen estáticos, sino que siempre posibilitan nuevas opciones:

Leer no es solo un proceso psicobiológico realizado con unidades lingüísticas y capacidades mentales. También es una práctica cultural insertada en una comunidad particular, que posee una historia, una tradición, unos hábitos y unas prácticas comunicativas especiales. Aprender a leer requiere conocer estas particularidades, propias de cada comunidad. No basta con saber descodificar las palabras o con poder hacer las inferencias necesarias. Hay que conocer la estructura de cada género textual en cada disciplina, cómo lo utiliza el autor y los lectores, qué funciones desarrolla, cómo se presenta el autor en la prosa, qué conocimientos deben decirse y cuáles deben presuponerse, cómo se citan las referencias bibliográficas, etc. (Cassany, 2006, p. 43)

En términos generales, leer y escribir contribuyen a configurar múltiples formas de pensar, desde las cuales los sujetos y la cultura se autogestionan, y se transforman así positiva o negativamente hacia múltiples posibilidades.

Por ello, desde esta óptica es posible encontrar y desarrollar un pensamiento crítico que permita generar sujetos y sociedades autónomos que desde sus interacciones amplíen sus propios horizontes:

Klooster (2001) caracteriza el pensamiento crítico (que incluye la lectura y la escritura) a partir de lo que no es (memorización, comprensión de textos, creatividad e intuición) y de cinco rasgos principales: 1) es independiente, el sujeto lo construye a partir de su individualidad; 2) requiere conocimientos o información; 3) arranca con preguntas o problemas que interesan al sujeto y que debe resolver; 4) busca

argumentaciones razonadas, con tesis, argumentos, pruebas, etc., y 5) es social, puesto que compara, contrasta y comparte las ideas con otros aunque inicialmente sea individual. (Cassany, 2003, p. 117)

Esto posibilita escenarios de debate o confrontación desde donde los sujetos afirman o consolidan las identidades culturales desde las cuales se configuran.

Así, pues, el acto de leer o escribir va más allá de ser una simple acción rutinaria y a veces sin sentido de identificar y reconocer códigos lingüísticos en el que se resume la responsabilidad de la escuela o la institución educativa; se hace necesario rescatar y fortalecer los múltiples sentidos, así como las numerosas posibilidades y bondades que un buen ejercicio lectoescritor aporta a la construcción de las subjetividades y la transformación de los ambientes socioculturales donde se expresan.

De ahí que leer y escribir de manera crítica se constituyen en elementos o factores esenciales para el desarrollo del consecuente pensamiento crítico:

En conjunto, el pensamiento crítico busca fortalecer la responsabilidad en las ideas propias, la tolerancia a las de los otros y el intercambio libre de ideas. En definitiva, cuando hablamos de lectura crítica nos estamos refiriendo a una de las formas de lectura más exigentes y complejas que podamos imaginar, a causa tanto del exhaustivo grado de interpretación del texto que requiere, como de las habilidades y conocimientos previos que debe tener el sujeto para poder realizarla. (Cassany, 2003, p. 120)

La escritura y la lectura se tornan de esta manera en una esfera donde se gestan sujetos y sociedades capaces de ejercer su libertad con autonomía y criterios sólidos que trazan un devenir promisorio.

Todo esto nos lleva en las actuales condiciones de la mediación tecnológica en la mayoría de los procesos de estructuración sociocultural a que nos cuestionemos si los procesos lectoescritores han sido configurados para estas nuevas

lógicas o simplemente han tenido un tránsito efímero que los ha desnaturalizado y deslegitimizado.

Las nuevas tecnologías en la lectura y la escritura: ¿una verdadera amenaza?

Las múltiples formas a través de las cuales estas mediaciones tecnológicas y las nuevas construcciones culturales se configuran se convierten a su vez en posibilidades para abordar la experiencia lectoescritora, lo cual llena el escenario de ambientes diversos desde donde la palabra, la oralidad y la literatura se muestran e interactúan con los sujetos y los grupos culturales.

Estas nuevas herramientas del lenguaje y del pensamiento potencian y ofrecen múltiples posibilidades para que los sujetos y sus entornos agencien la construcción de conocimientos y saberes; las variadas y diferentes formas y fuentes de acceso, la acumulación y transformación constante de información, la velocidad cada vez más rápida de la comunicación, la desterritorialización del texto escrito impreso y su consiguiente portabilidad, la aparición de nuevos grafos, el aumento de distractores sociales y el creciente analfabetismo tecnológico, etc., obligan a pensar y diseñar más y diversas estrategias para que el leer y escribir cuestionen y lleven fuera de su zona de confort la simpleza y frivolidad con la que se asumen.

Tras haber expuesto la importancia de la lectura y la escritura como habilidades formadoras del pensamiento crítico y, por otro lado, la necesidad de incorporar nuevos recursos con miras a este propósito, este apartado busca ilustrar cómo ambas propuestas no resultan incompatibles. La idea que sostenemos en este escrito consiste en admitir que, desde las asignaturas impartidas, hemos procurado una cercanía a la literatura, utilizándola como recurso pedagógico en la formación de nuestros estudiantes, sin desconocer la utilidad de las nuevas tecnologías.

En efecto, teniendo en cuenta que, en el contexto de la formación lasallista, los espacios académicos planteados buscan promover el pensamiento reflexivo de

los estudiantes, la literatura es utilizada como recurso para ejemplificar y proponer espacios de discusión. En esta perspectiva, a partir de los textos sugeridos, se abordan contextos de desigualdad, discursos de dominación, prácticas de injusticia social, que pretenden incitar la reflexividad, el autoconocimiento, la fraternidad y la dimensión comunitaria del estudiante que participa de nuestros espacios. De esta manera, la literatura es utilizada como una herramienta para reflexionar sobre la vida cotidiana y lo que en ella acontece, y favorece la emergencia de sentimientos empáticos hacia los otros.

Al igual que la literatura, el recurso a las tecnologías de la información y la comunicación también ha llegado a posicionarse en la educación superior, con cambios paulatinos y algunos, hay que decirlo, hasta desafiantes. Han venido desarrollándose como espacios alternativos que propician el acompañamiento de actividades académicas y que se presentan como propuestas que transitan desde los entornos virtuales de aprendizaje hasta el desarrollo y uso de nuevos medios digitales que intervienen en la construcción de conocimiento y en la generación de aprendizajes significativos, innovadores y pertinentes al mundo actual.

Como lo manifiesta Sánchez, “la lectura es uno de hábitos de mayor goce del ser humano. Desarrolla el conocimiento, irriga la inteligencia y contribuye a la comprensión de la vida. La falta de ese ejercicio es una resta que se la hace a la cultura y genera preocupaciones” (2016, s. p.). Soportándose en esta idea, la educación superior ha utilizado la lectura y la escritura tradicional, desde la mirada de la gramática textual y estructural, y de la lingüística funcional, como un elemento constitutivo de la formación.

La lectura despierta preguntas no solo sobre el papel que esta cumple en la educación, sino también en la vida cotidiana de las personas. Sánchez ratifica que “leer ayuda a ser un poco más libres y confrontativos frente al poder, la mentira, la estupidez y los dogmas [...] que sin lectura y escritura de calidad, no hay ciudadanía” (2016, s. p.). De ahí que se cuestione con insistencia el papel que se cumple en la enseñanza sobre el acercamiento a la lectura y a la

escritura como escenarios no solamente instrumentales, sino que en verdad reivindicuen una transformación en la construcción del conocimiento.

Pese a la importancia que parece tener la lectura desde este enfoque, llama la atención que en Colombia, por ejemplo, las cifras frente al nivel cultural y de interés por la lectura de niños, jóvenes y adultos sean tan desalentadoras. Frente a esto, González y Vela (2013) describen algunos horizontes de acción:

[...] la discusión sobre lectura y escritura académica en Colombia se ha transformado: la óptica ineludible de la lingüística y la concepción de que el estudiante es el absoluto responsable de su proceso de escritura en la universidad han abandonado el centro de la escena. Con todo, aún es necesario consolidar políticas institucionales que favorezcan el paso de las cátedras a los programas transversales e institucionalmente llevados a la práctica. (p. 201)

Dichos programas deben promover no solo un interés pedagógico, sino también cultural donde se otorguen nuevos sentidos de la lectura y la escritura para la vida.

Paralelo a esta crisis, el interés y la promoción de las nuevas tecnologías han ido reemplazando el lugar de la lectura y la escritura por el acompañamiento a partir de videoconferencias, medios audiovisuales y ahora, más recientemente, por la interacción a través de los entornos virtuales de aprendizaje, donde los recursos empleados no solo superan la mirada de la educación a distancia, sino que además acogen distintos medios tecnológicos, por ejemplo, computadores, dispositivos móviles, así como elementos que configuran nuevos modelos de construcción de conocimiento colectivo, en tiempos sincrónicos y asincrónicos, los cuales se convierten en una herramienta predominante en la educación superior.

Dichos intercambios e interacciones de aprendizaje son también comunicacionales; transitar de la escritura, de la oralidad, a la escritura a través de una pantalla —una oralidad que gira en torno a mensajes, chat y audios que movilizan a otros—, supone un lugar de prácticas diferenciales sobre la

formación y los tiempos en que la sociedad de la información nos avasalla, donde los distintos actores del contexto educativo (docentes, administrativos, estudiantes) han descubierto las posibilidades y, a su vez, las brechas que existen frente a una tecnología de la información que coloca el conocimiento y el aprendizaje a disposición de todos, pero que invita al desarrollo de capacidades y habilidades en el cual la alfabetización ahora supone alfabetización electrónica, alfabetización digital, alfabetización multimedia, alfabetización en internet, entre muchos otros.

Estas tendencias han implicado nuevas miradas y prácticas (o didácticas) de la enseñanza, donde se leen ya no solo textos argumentativos (ensayos y críticas), textos expositivos (reseñas) y textos narrativos (relatos, cuentos y poesía), sino también las nuevas mediaciones tecnológicas que llevan a pensar en foros, blogs, páginas web, páginas institucionales, materiales de carácter audiovisual (videoconferencias, películas, series, documentales), entre otros. Estas novedosas inclusiones posibilitan nuevos aprendizajes significativos y de interacción con herramientas que dan cuenta de la complejidad de los procesos de enseñanza y de la cibercultura, y a partir de los cuales se da reconocimiento a la diversidad y se valora la riqueza de un mundo a veces intangible, tecnológico y transmedia, que invita a la construcción de entornos de aprendizaje que complementan la visión instrumental y tradicional. A su vez, estos nuevos espacios invitan a la lectura y a la escritura incluyente de todos para todos, en espacios reales y también en escenarios espaciales, geográficos y digitales plurales.

El mundo transmedia supone que, como indica Scolari (2013):

[...] no estamos hablando de una adaptación de un lenguaje a otro (por ejemplo, del libro al cine), sino de una estrategia que va mucho más allá y desarrolla un mundo narrativo que abarca diferentes medios y lenguajes. De esta manera el relato se expande, aparecen nuevos personajes o situaciones que traspasan las fronteras del universo de ficción. Esta dispersión textual que encuentra en lo narrativo su hilo conductor —aunque sería más adecuado hablar de una red de personajes y situaciones que conforman un mundo— es una de las más importantes fuentes de complejidad de la cultura de masas contemporánea. (p. 24)

Así es como la cibercultura empieza a originarse desde la interacción de los individuos con una computadora. Como menciona Salas (2013):

[...] en el orden social se ha investigado extensamente acerca de la forma en que la cibercultura se inserta en los procesos sociales y culturales y en cómo los individuos se ven inmersos, cada vez más, en procesos tecnológicos de diversas índoles y que con frecuencia van cambiando la forma de trabajar, relacionarse y, en general, de percibir el mundo que los rodea. (2013, p. 31)

De allí que aparezcan nuevas formas no solo de leer y de escribir, sino también de transcribir el mundo de manera digito-textual, es decir, con vestigios de una escritura que aún por tradición deseamos mantener y no erradicar; pero con cambios avasalladores que impulsan a la humanidad a tener prácticas que abordan la interdisciplinariedad, las miradas de la cognición y la pluralidad de la construcción del conocimiento o del acceso a él. Igualmente, trascienden las preguntas acerca de cómo se construye la oralidad y la escritura a partir de las pantallas, las redes y las lógicas asincrónicas de la realidad virtual.

Los avances imponen desafíos que aún convierten las prácticas comunicacionales en un problema por estudiar e intervenir. Cuando se piensa en ellas, es innegable considerarlas pertinentes, toda vez que se apuesta por una construcción colectiva de textos, en la riqueza de materiales (imágenes, discursos, objetos virtuales de aprendizaje), que movilizan al estudiante a leer con los sentidos y a interpretar desde su cognición y desde su sensibilidad-emoción. Sin embargo, las nuevas tecnologías y el futuro de la lectura y la escritura quedan en entre dicho cuando, por ejemplo, se concibe que todo lo que se analiza en medios digitales, como recibir y responder un correo, no se considera lectura y escritura, al igual que cuando se pueden leer varios documentos a la vez, editarlos, referenciarlos y enviarlos a otras personas. Esto ha dejado en tensión la reserva y el cuidado de la autoría de las obras, el manejo de las citas y la diseminación indiscriminada de información “verdadera” en la red.

Asimismo, dicha alfabetización digital ha generado cambios no solo en las plataformas, sino también en los dispositivos tecnológicos empleados en la

enseñanza y en la manera como se apropia en la actualidad el conocimiento. La revolución de aulas digitalizadas, estudiantes sin cuadernos y sin libros, pero sí con celulares, tabletas y computadoras, ha establecido una nueva configuración en el aprendizaje docente-pantalla-estudiante. Estas dinámicas han impulsado nuevas miradas sobre la pantalla, la relación ojo-mano y la digitalización, que ha dejado atrás el acto mismo de escribir. Ahora la transformación es desde lo táctil hacia la comprensión de la digitalización de nuestros pensamientos, ideas y proyecciones.

Así, pese a considerar la lectura y la escritura como lugares de ser y estar en el aprendizaje, la presencia de las nuevas tecnologías invita a los educadores a enfrentar nuevos retos y caminos distintos de persuasión. Si bien a través de la literatura, como se ha venido sosteniendo, se manifiesta el sentido de las libertades y es posible vivenciar experiencias como la transformación a la que seduce un texto, la melancolía que deja volver a revisar las frases subrayadas, el impacto que se deja en otros al compartir un escrito propio, la emocionalidad que trasciende al observar o escuchar dichas obras y un sin número de sentimientos, aunque la tecnología exalte y reconfigure estas percepciones, no parecen abarcables de la misma forma.

De igual manera, se ha pretendido rescatar cómo a la enseñanza le urge incorporar a los ambientes de aprendizaje elementos innovadores y de carácter relacional. Las redes en el ciberespacio y los hipertextos se muestran como una propuesta seductora para anclar conocimiento plural, investigación pertinente y construcción de una sociedad que culturalmente se enriquece, que lee todo, su atmósfera, su realidad, a sí misma. Una sociedad en la que incluso los individuos escriben desde el arte, las plásticas, la irreverencia, la música y el pragmatismo de la posmodernidad.

Es claro que la educación no es el único lugar de aprendizaje, ni el único lugar para leer y escribir; romper con ese paradigma es abrirnos al mundo de las narrativas, los discursos alternativos y los contenidos de nuevas audiencias, comunidades y medios.

Leer y escribir: un compromiso político

Quizás a la hora de zanjar en la discusión acerca de si las habilidades de escribir y leer son suficientes como recursos educativos o si, con miras a persuadir a los jóvenes de hoy en día, es necesario abrazar las nuevas tecnologías y reconocer en ellas novedosas formas de interacción y comunicación, convenga introducir una nueva interpretación de lo que supone leer y escribir. Si bien estos procesos han sido expuestos hasta el momento como habilidades instrumentales útiles para mediar en los procesos educativos, para autores como Sartre leer y escribir son las dos facetas que se encuentran imbricadas en una expresión artística excepcional: la literatura.

Desde esta interpretación, la inevitable aparición de las nuevas tecnologías no parece ser una cuestión de relevancia, pues hace referencia a los medios que deben ser utilizados y no a los fines que han de ser perseguidos en un ambiente educativo. Teniendo esto en cuenta, el propósito del presente apartado consiste en sostener que pese a que los nuevos recursos pueden resultar útiles para la educación y complementar las prácticas y los procesos que se adelantan en un ambiente de enseñanza, el rol de la literatura es único y no puede ser reemplazable. La literatura, apoyándonos en el pensamiento de Sartre, es un espacio idóneo para el reconocimiento de los otros, y lleva a pensar el lugar y el ejercicio de la libertad y la responsabilidad en las acciones consuetudinarias.

El acercamiento a la literatura se convierte en una excusa para llevar a cabo procesos de autoconocimiento, de reflexión política, social y ética que trascienden las aulas. A nuestro juicio, esto es posible en la medida en que la literatura, como manifestación artística, es única. Recogiendo la postura de Sartre en *¿Qué es la literatura?* (2003), la obra literaria supone, además de la concepción del mundo que el escritor transmite al momento de la creación, la interpretación del lector.

La literatura es, entonces, un lugar idóneo para el encuentro con el otro y, de esta manera, supone un juego político. En esa medida, acompañar el discernimiento de temas políticos y la discusión acerca de los problemas contemporáneos a

partir de la literatura se convierte en una estrategia para la construcción de la agencia política de los estudiantes.

Ahora bien, lo anterior no supone que, con miras a desarrollar la agencia política en los estudiantes, sea necesario acercarlos a obras literarias con carácter panfletario. Siguiendo a Sartre, el compromiso de la escritura sobrepasa el nivel explícitamente político y se asienta en otro, si se quiere más profundo, relacionado con lo que implica el ejercicio de escribir. La escritura, para Sartre, es un arte comprometido porque hay algo en ella que lo dispone de esa manera; algo que está implícito cada vez que el escritor desempeña su labor y que su obra es leída por alguien. Son las características apenas mencionadas, la relación con los otros, la libertad y la responsabilidad, lo que aquí llamamos el *contenido político de la literatura*.

¿Por qué recurrir a la literatura y no a otra manifestación artística? ¿En qué radica el lugar de privilegio de la literatura frente a otras expresiones artísticas? Para Sartre, las artes no solo difieren en sus formas, sino también —y esto es más importante— en las materias que utilizan. Mientras la música emplea sonidos y la pintura colores, la escritura usa las palabras, que son, de acuerdo con el autor, una materia distinta que constituye la razón fundamental por la que la escritura es única en el contexto de las artes. En tanto las palabras son signos, los colores y los sonidos no. Para Sartre, el signo es algo que remite a otra cosa que le es exterior, es el vehículo que implica la remisión concreta a otro elemento.

Desde la perspectiva de Sartre, la palabra es utilizada por el escritor como un signo, como una expresión de la conciencia. Para este autor, la luz atraviesa las palabras y permite ver más allá. El escritor, mediante la palabra se refiere al objeto creado por su conciencia y pone este objeto al alcance de quien lee su obra. El lenguaje para Sartre es un material que necesariamente comunica, cierra el abismo entre un hombre y otro, y abre la impenetrabilidad de las cosas, y la comunicación que logra la escritura no puede ser igualada por ningún otro arte, porque ninguno está en un ámbito puramente humano. En ese sentido, la obra escrita es el receptáculo ideal de la subjetividad y el lugar donde se expresa, con todo su vigor, la estética.

Para Sartre, la obra literaria reúne tanto la conciencia del escritor, como la del lector y esta última es necesaria para completar la obra. La obra escrita es una conciencia de la cual se toma conciencia, se requiere un lector que la revele y que, al hacerlo, se reconozca en ella. Así, parece que la propuesta de Sartre consiste en aceptar que para que una obra literaria realmente exista es necesario que la conciencia intervenga en dos momentos: para que el objeto sea creado es necesario que el autor consigne por medio de las palabras la conciencia que tiene acerca del mundo y, una vez creada la obra, resulta indispensable que esta sea revelada por otra conciencia para que realmente exista.

Lo anterior se da en la medida en que el autor no puede ser quien revele su propia obra, pues, como lo afirma Sartre, no es posible ser creador y revelador al mismo tiempo. De esta manera, lo que parece ocurrir es que el autor crea la obra literaria plasmando en ella la conciencia que tiene acerca del mundo y su relación con él. De allí que una obra literaria no pueda llamarse “objetiva”, pues la subjetividad del autor es lo que, en principio, se manifiesta en ella. Una vez hecho esto, el objeto literario pasa a ser un objeto más del mundo, el cual solo puede existir en términos propios en la medida en que una conciencia lo revele. Así, al no poder cumplir este rol el autor, es necesario que otra conciencia, la del lector, sea quien lo haga.

Según esta interpretación, el objeto literario es captado finalmente por una conciencia que se relaciona con él de una forma distinta de como lo hizo el autor. Las palabras cobran un nuevo significado y se manifiestan a partir de la conciencia a la que se revelan: la del lector (Sartre, 2003, p. 71). Así, mientras el escritor escribe, se vuelve esencial al mundo, pero una vez creadas las líneas, las palabras se independizan de él y no es posible para el autor revelarlas en toda su potencia; de ahí la importancia del lector, que es la conciencia necesaria para revelar este objeto creado. Es por esto que Sartre insiste en que la creación literaria no puede desvincularse de su lectura. Para que el objeto literario surja “hace falta un acto concreto que se denomina la lectura y, por otro lado, solo dura lo que la lectura dure” (Sartre, 2003, p. 71). El objeto literario está entonces siempre en movimiento. Existe solo en la medida en que ha sido producido por un sujeto y dura mientras se lea y mientras perdure esta actividad.

De ahí que Sartre sostenga que “el objeto literario es un trompo extraño que solo existe en movimiento” (Sartre, 2003, p. 71).

Frente a esto se produce la llamada *alegría estética*, propia del reconocimiento de la libertad que experimenta el lector al leer, al reconocer la lectura como una actividad creadora. El lector experimenta un disfrute, un sentimiento de seguridad, la conciencia de ser esencial con respecto al objeto literario. La creación de la obra se manifiesta entonces como un espacio donde las libertades humanas no solo se encuentran, sino que además se reconocen, pues la producción de la obra exige la libertad del autor y el lector imprime su libertad en la lectura del objeto literario y reconoce, a su vez, la libertad del escritor.

En ese contexto, la existencia de la obra literaria solo se cumple en la medida en que las dos libertades —la del escritor y la del lector— se expresan. El lector decide si asume o no la propuesta del autor apoyado en su libertad (Sartre, 2003, p. 77). Así, como lo sostiene Sartre en *¿Por qué escribir?*:

[...] el autor escribe para dirigirse a la libertad de los lectores y requerirla a fin de que haga existir la obra. Pero no se limita a esto y reclama además que se le replique con la misma confianza, que se le reconozca su libertad creadora y que se la pidan a su vez por medio de un llamamiento simétrico e inverso [...] Solo por medio de esta paradoja dialéctica es posible comprender cómo, entre más experimentamos nuestra libertad, más reconocemos la del otro. (2003, pp. 78 y 79)

A partir de lo anterior, es posible afirmar que por medio de la relación del autor con su obra y del lector con el objeto literario se manifiesta, para Sartre, la libertad humana. De esta manera, el escritor imprime en su obra su conciencia del mundo y transmite en ella su relación con el exterior; por su parte, el lector concluye la obra, le aporta su libertad, se afirma a través de ella. El origen y el fin de la creación literaria es, sin duda, la libertad humana. Así, pues, el compromiso al que invoca la literatura consiste en asumir la libertad que posee todo ser humano.

A manera de conclusión

El presente artículo ha tenido como fin mostrar de qué manera las acciones de leer y escribir, respecto al lugar que ocupan en la labor educativa, pueden ser interpretadas al menos de dos maneras distintas. Por una parte, si la referencia que se realiza es a la lectura y a la escritura como habilidades instrumentales que acompañan los procesos de formación, es posible concluir que, vistas desde esta óptica, esas capacidades pueden ser acompañadas y complementadas a partir del uso de nuevas tecnologías. Desde esta perspectiva, las innovaciones tecnológicas no solo deben admitirse, sino que también hay que reconocer que juegan un rol determinante para que la educación se repiense, se actualice y abrace los desafíos de la contemporaneidad, como el acceso privilegiado a la información, el desarrollo de los sentidos y la rapidez.

Ahora bien, si al hablar de leer y escribir se hace referencia a las dos facetas complementarias de la literatura, la pregunta por las nuevas tecnologías no tiene lugar. En efecto, la literatura encuentra su valor en ella misma, en el valor que posee el arte por el arte y desde esta perspectiva se manifiesta como una exclusiva y singular expresión artística que se basta a sí misma. Según esta interpretación, la literatura se muestra como una esfera privilegiada a la hora de desarrollar las libertades del escritor y del lector, por lo que llega a ser un espacio único donde se consolidan procesos políticos, sociales, de reivindicación y autoconocimiento. La literatura, siguiendo el pensamiento de Sartre, se presenta como una manifestación autárquica e insustituible.

Ambas facetas, la comprensión instrumental de la lectura y la escritura según la cual las palabras se convierten en un medio para transmitir un lenguaje, por ejemplo, la interpretación de estas acciones como las dos caras de una expresión artística singular —la literatura—, parecen coexistir en el ámbito educativo; a veces como medios, en otras ocasiones como fines en sí mismos, leer y escribir se presentan como puntos de partida y, a su vez, puntos de llegada.

Bibliografía

- Cassany, D. (2003). Aproximaciones a la lectura crítica: Teoría, ejemplos y reflexiones. *Tarbiya. Revista de Investigación e Innovación educativa*, (32), 113-132.
- Cassany, D. (2006). *Tras las líneas: Sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama.
- González, B. y Vega, V. (2013) Lectura y escritura en la educación superior colombiana: Herencia y deconstrucción. *Revista Interacción*, 12, 195-201
- Salas, Y. (2013). Cibercultura y educación. *Diá-logos*, 7(11), 29-43.
- Sánchez, C. (2016, 20 de noviembre). Leer ayuda a ser un poco más libres. *La Opinión*. Recuperado de <https://www.laopinion.com.co/colombia/leer-ayuda-ser-un-poco-mas-libres-carlos-sanchez-lozano-122949>
- Sartre, J. P. (1970). *L'existentialisme est un humanisme*. Paris : Nagel.
- Sartre, J. P. (1976). *Lo imaginario*. Buenos Aires: Losada.
- Sartre, J. P. (2003). *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- Scolari, C. (2013). *Narrativas transmedia: Cuando todos los medios cuentan*. Barcelona: Planeta.